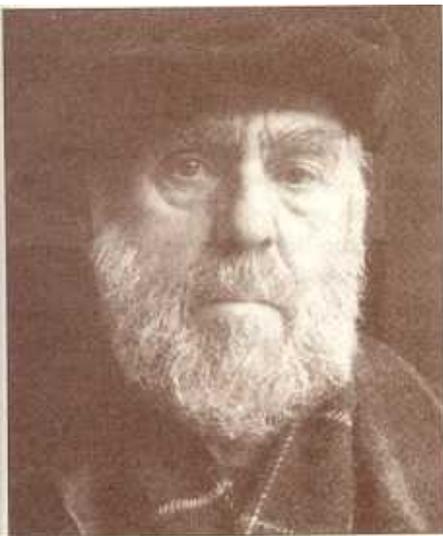


Esos libros amigos, enemigos, compañeros...

Pablo ANTOÑANA*



Ante la pregunta que me formulan sobre qué cinco libros considero que no deben faltar en una biblioteca pública, mi respuesta es que ninguno es prescindible. Si no hay sitio para ocupar un sitio digno que se hagan edificios apropiados para guardarlos y protegerlos de la desidia y la rapiña.

Los libros son amigos, enemigos, compañeros, nos procuran placer, sinsabor, abren la conciencia, y marcan nuestros destinos. Yo no elegiría ninguno en particular pues el hacerlo supondría una significación elitista. Una biblioteca exige comprender todas las materias, todos los ámbitos del saber no sólo la literatura y como fuente donde mana lo humano ha de recoger hasta los humildes prontuarios sobre reparación de automóviles, el electricista en casa o el libro sobre las mariposas del Brasil.

11

Es más, ninguno estorba, y además todos nos inician en el camino mágico, fascinador, y titubeante de la misma condición humana.

Si la pregunta se me hubiera hecho en particular, qué libros amo más, la respuesta hubiera sido la misma: todos. No hago distinciones ni expurgos. En mi biblioteca esperan muchos que no he leído y que seguramente no tendré ya tiempo de leer, y que tampoco podré llevarme al país del Iras y No Volverás, donde únicamente se podría disponer de tiempo suficiente para leer una parte pequeñísima de lo que se ha escrito.

El simple hecho de leer es un ejercicio cautivador y al no ser crítico capaz de medir, con frío criterio, las inclinaciones caprichosas de mis lecturas no doy opinión. Es que no la tengo. Hubiera necesitado otra vida para leer y seleccionar con rigor y me faltarían años

* Autor de las novelas *No estamos solos* (1961), *Crónica* (1975), *Relato cruento* (1977), *El sumario* (1984), *Botín y fuego* (1985), *Patrañas y otros desvaríos* (1985), *Noticias de la segunda guerra carlista* (1990), *La vieja dama y otros extravíos* (1993), *La cuerda rota* (1995). Ha publicado también varios libros con recopilaciones de artículos y textos misceláneos: *Textos y pretextos* (1996), *Despropósitos* (1997), *Miniaturas* (1999), etc.

para ponerme al alcance de lo escrito. Tan sólo una pequeñísima parte cayó en mis manos, por lo que sería petulancia el pretender reducir a cinco los libros de mi elección. No tengo suficientes datos.

No hago distinciones ni tengo fetiches sino hambre y avidez de leer, cosa que me apasiona, con la mejor y más sana de las pasiones.

Si al menos se me diese la oportunidad de transportar al "hipotético" otro mundo los libros amados que me dieron instantes felices, me daría por bien pagado. Esos libros de mi biblioteca, que como capas geológicas han marcado las pausas de mi tiempo de lector y que guardo igual que en polvorienta morgue para ver si los aprovecho en ese tiempo de aburrimiento a que se nos condena con la "eternidad" prometida.

Tampoco estoy seguro de que los aduaneros de ese país maravilloso del Más Allá, me permitirían descargar los cuatro o cinco baúles de los libros que me acompañarían excluyendo a los otros que dejaría aquí para pasta de papel. Se volvería a repetir lo que me ocurría en aquellos viajes ya remotos en el tren descendente Bilbao-Zaragoza. Los alcahaleros de estación ferroviaria hacían registros en mi maleta donde conmigo iban Faulkner, *Mientras agonizo*, *Los Pazos de Ulloa*, Ganivet, primeros libros que formaron el germen de lo que llegó después. Iban embozados entre zapatos, corbatas, mudas de quita y pon.

12

Y como en las oficinas de intervención de los cieños descubrirían que muchos de los libros que amo están incluidos en el Índice de los prohibidos, y en el "Lecturas buenas y malas", tampoco tendrían marchamo franco. Estimo que de verme obligado a dejar algunos aquí, irían conmigo toda la novela rusa del XIX, todo Balzac, todo Dickens, un placer, todo Proust, Rilke, Galdós, Baroja, Valle-Inclán, Faulkner, Walt Whitman, el Quijote, que nadie lee, los cronistas de Indias, la Biblia y el Corán, y si me apuran al mismo Pérez y Pérez, de mis años adolescentes y a Julio Verne y a Salgari. Todo cuanto quema en los baúles de "carga permitida" en el ultimo viaje.

Desvarío. Incapaz pues soy de dar cinco títulos. Habría que esperar a que se me concediese ese tiempo que no tuve en vida para que acomodado en sillón orejero, atril de lector, propios para soportar el aburrimiento de esa eternidad prometida pasando y repasando con paciencia todo lo que se ha escrito. Mientras tanto me daré prisa a leer los muchos libros que me esperan pacientes y en silencio.